

narios, que quieren hacer del hombre contemporáneo el *enfermo a palos*, la gente se cae a pedazos por el exceso de inteligencia, por demasiado ahondar en las ideas que analiza excesivamente.

Pura calumnia; los vicios, la excitación sensual, no diré que no maten a medio mundo; pero que las generaciones se vayan haciendo enclenques de tanto filosofar, es pura cavilación de quien tampoco ha analizado mucho, aunque se crea otra cosa.

Hay, Hamlet, ahora, una filosofía que se llama el positivismo, que tiene el inconveniente de que se enamoren de ella casi todos los boticarios y médicos de partido y la multitud de aficionados que filosofan, como los comisionistas, de sobremesa.

Es de ayer y ya llena el mundo. Y aunque en ciertas regiones de la vida intelectual ya no soplan buenos vientos para tal sistema, o mejor *tendencia*, de escalera abajo su imperio es indisputable. Pues bien, este positivismo ha puesto de moda el desprecio de la metafísica, ha relegado a los ensueños de la edad *teológica* el ergotismo escolástico, ha materializado la especulación, ha metido las *ideas* y las *categorías* en sendos frascos de farmacia... y, en suma, ha acostumbrado a la gente a no reflexionar, a no ahondar en las cuestiones, a no descomponer los juicios ni examinar los conceptos, y con motivo de *no hacer metafísica* la mayor parte de esos filósofos tan claros y llenos de *hechos*, sientan afirmaciones gratuitas, peticiones de principio, toman actos de voluntad por conocimientos positivos, arbitrarios ukases de

autoridad por intuiciones irrefutables; y resulta de todo esto que, tal vez, a pesar de tanto como se ha vulgarizado la instrucción, jamás, en época de cultura regular, ha habido menos personas con el hábito de pensar profundamente, con original arranque e independencia.

La filosofía verdadera *goza* hoy de un descrédito a que no había llegado nunca. Ya casi nadie quiere llamarse filósofo. En nuestro país, particularmente, la literatura filosófica es casi nula. Se escriben novelas, dramas, poesías líricas, cuentos, libros técnicos, etc., etc.; pero ninguna de esas obras en que la filosofía es arte se hace popular, interesa a todos. Aficionados de las letras que tienen regulares conocimientos de literatura amena, patria y extranjera, que algo saben de historia, de ciencia, de política, etc., etc., ignoran de un modo fabuloso las materias filosóficas. Está en la atmósfera esta ignorancia.

Pero ello no quita que cualquiera, hoy más que nunca, se atreva a sentar conclusiones categóricas acerca de los más graves problemas metafísicos; y esto se hace así, como al descuido, de pasada, incidentalmente, en cualquier ocasión, describiendo una sesión del Ayuntamiento, o un estreno, o un baile. Dar de hecho que *de tejas arriba* no puede saberse nada; o que la ciencia moderna *ha hecho bancarrota*; o que el hombre actual ha renunciado a las *hermosas ilusiones* de las edades creyentes; o que toda filosofía es inútil; o que el idealismo ha muerto; o que ya nadie cree en el alma, etc., etc., es cosa corriente, y cada cual escribe estas afirmaciones o negaciones terminan-

tes, absolutas, sin darse cuenta de lo que hace, creyendo ser modesto. No falta quien estudia con gran escrúpulo los pormenores más insignificantes de un hecho histórico, de una noticia cualquiera, para marchar sobre seguro o estar bien informado al hablar o escribir; y ese mismo no repara en resolver en medio renglón el problema capital de la ciencia, sin pensar siquiera lo que hace, repitiendo una frase hecha del positivismo callejero, v. gr., diciendo así: Como toda ciencia sería se funda en la experiencia sensible; o como ya no hay crédito para la metafísica; como el mundo de lo fundamental es incomprendible, etc., etc; es decir, que llamamos matar la metafísica a improvisarla.

Y lo peor no es esto. Como tan desacreditada está la filosofía, y la literatura que ha de ser popular no quiere nada con ella, sucede que sólo consiguen a veces llamar algo la atención los pensadores extravagantes y extremosos, como el desgrañado alemán de *Zaratustra*, Nietzsche, cuyo sistema (?) de repugnante aristocracia intelectual poco faltó para que anduviera por las cajas de cerrillas. Schopenhauer debe su popularidad relativa, no a lo que tal vez haya de fuerte y profundo en su sistema, sino a sus célebres *salidas* pesimistas. Max Nordau, una adocenada medianía, se ha hecho célebre por decir que todo es mentira, y que casi todos, menos él, están locos. Lombroso, maestro de Max Nordau, que hoy reniega de su discípulo *porque éste exagera*, se hizo conocer gracias a análogas exageraciones. Y en tanto, la filosofía metódica, racional, ordenada, *solidaria* de la historia del pensamiento, no tiene quien la presente

al público; porque esas vulgaridades que hoy hablan de un fusil nuevo, o de una bailarina célebre, de un escándalo internacional, o de un poeta vicioso, o de un rey suicida, o del sistema hidroterápico de un clérigo, o de la filosofía desdeñosa y cruel de Nietzsche, nada tienen que decir de los filósofos *regulares*, difíciles de entender, prudentes en sus teorías.

La consecuencia es que el gran público, medianamente enterado de novedades literarias, económicas, sociales, científicas, políticas, militares, etc., de las filosóficas sólo conoce lo peor: la extravagancia, el artificio, el exceso, la comedia y la locura.

Pues bien, Hamlet: yo quisiera empezar a contribuir, en el humilde alcance de mis fuerzas, a contrarrestar estos males, y entre otros recursos he ideado estas cartas a una sombra poética y filosófica, a un soñador engendrado por otro soñador, a uno de esos *mitos* ya eternos, convertidos para la humanidad en *idea fija*. Sí, Hamlet; tú eres una idea poética, una larva ideal que ya no olvidarán los hombres y la figura simbólica más adecuada para que yo te dirija estas cartas de *filosofía popular*, en que hablo contigo y hablo con todos los que ordinariamente no leen filosofía.

En cuanto a lo de escogerte a ti, Hamlet, como corresponsal simbólico, recuerda lo que, según Shakspeare, fuiste en este mundo y lo que fuiste, según la interpretación que de tus cantos nos dieron Goethe, Schlegel y otros. Tenías un propósito culminante: vengar a tu padre; un interés personal, de actividad ordinaria, mundana, que exige facultades, recursos, mañas de las que sue-

len poseer los hombres que no piensan, pero hacen. ¡Raza terrible y poderosa! Pero tu espíritu de mariposa socrática te llevaba a volar de fenómeno en fenómeno, preguntándole al mundo su secreto, siempre abstraído en tu venganza, desmayado en los medios de conseguirla, desviado de tu camino por las ideas, siguiendo las ondulaciones del interrogante de tus dudas. Eras un pensador poeta; no eras un *hombre de acción*; estabas perdido. Pero... dispénsame que te lo diga: eras un pensador... aficionado. Está por demostrar si es mejor ser filósofo sistemático que filósofo *esporádico*, fragmentario, de ocasión. Renan ha censurado levemente a Cousin, porque hizo a muchos jóvenes de su tiempo tomar el *dilettantismo* platónico, delicioso y profundo, pero no científico, como un sistema vigoroso; pero no falta quien encuentre menos expuesto filosofar como Platón, o el mismo Renan, que encerrarse en la fortaleza aislada de un sistema, provisto de todo el armamento de las hipótesis exclusiva y vigorosamente técnicas.

El que se mete por los *Diálogos* adelante va confiado, porque ni un momento, volviendo la cabeza, deja de ver detrás de sí la entrada, que puede ser, si quiere, la salida; pero en las encrucijadas de casamatas, bastiones, fosos, trincheras, etcétera, etcétera, del criticismo, del positivismo de Comte, de la evolución spenceriana, del idealismo hegeliano, ¿quién una vez allí emboscado encuentra la salida? Por eso, entre un *sistema* (que no sea el de la absoluta certeza) y una filosofía... de guerrillas, es acaso preferible esta última, desde el punto de vista de la independencia personal.

Pero una cosa es eso y otra el filosofar demasiado aleatorio, sin propedéutica, o sea preparación y *aclimatación* intelectual, sin constancia ordenada, sin tradición de sabiduría, sin instrumentos auxiliares. Y tú, Hamlet, por culpa de tu edad, de tu siglo, de tu país, de tu alcurnia, de tus parientes, de tu educación, de tu... *tragedia*, eras pensador de esta última clase; demasiado poco *informado* de lo histórico, de lo académico, de lo metódico... aunque eras lince, y en facultades no adquiridas pocos te aventajaron. Sea como quiera, mis noticias, que van indirectamente a mis lectores más distraídos, menos preparados con estudios de filosofía, no te ofenderán por lo conocidas ni por la forma llana y clarísima, y aun trivial, con que te las dé; pues ni tú en este mundo tuviste tiempo ni ocasión de aprender ciertos tecnicismos ni en tus días existían muchas de las cosas de que tengo que hablarte, ni se usaban los términos filosóficos que hoy se usan. De modo que, aunque pensador, por tus condiciones particulares se te debe hablar como a todos aquellos que no suelen parar mientes en la filosofía, y a los cuales, precisamente, yo quiero dirigirme por los motivos tantas veces señalados.

Y sin más preámbulo te anuncio que el próximo asunto de mis cartas será, como conviene, una cuestión general, lo que se ha llamado *espíritu nuevo*, y también de reacción idealista, y hasta el neocristianismo y el neomisticismo, como si todos estos términos no significaran cosas diferentes. En esta confusión de los nombres hay ya indicios de la vaguedad e inexactitud de los conceptos. Sí; se

confunden y mezclan muchas cosas. Como yo, desde ahora te lo declaro, me intereso en favor, no sin reservas, del actual movimiento, quiero fijar bien sus condiciones, porque por muchos se empequeñece el alcance de estas tendencias, y se quiere achacar ciertos defectos de alguna parte al conjunto de tan considerable crisis de la vida intelectual contemporánea. Y hasta la primera.

II

En mi primera carta hay una contradicción que creo aparente, y empiezo procurando demostrar esa apariencia. Hablaba de los peligros de una *filosofía de café*, que para hacerse entender fácilmente, para ser clara ante el vulgo, rehuye las hondas especulaciones y se contenta con el criterio de los *sentidos infalibles*, sin más que la ayuda de una ciencia *relativa*, geométrica, que responde del orden de los fenómenos, en su representación, por supuesto, pero que nada quiere saber del fundamento de la realidad, bastándole con la seguridad empírica, dogmática, de que esa realidad, en cuanto a su presencia fenomenal, es como la vemos.

Y habrá quien me diga: Pues si es peligrosa filosofía fácil, que se puede entender pronto, ¿a qué vienen estas cartas en que pretendes hablar de filosofía a los que no suelen pensar en ella? ¿Eres partidario de una filosofía literaria, retórica, de salón, como la que preparó en Francia la mina revolucionaria? ¿Pretendes en brevísimos artículos, sin más aparato que cierto orden en las cláusulas y alguna

concisión, explicar profundidades de la reflexión, sugerir en el pensamiento ajeno la complicada urdimbre de ideas necesaria para trabajar con fruto en estas cuestiones?

No; muy otro es mi objeto. No pretende el que da cuenta del movimiento artístico en pintura y en música, por ejemplo, convertir a los lectores en críticos ni enterarlos de los difíciles tratados del contrapunto o de la perspectiva. Mi propósito no pasa de procurar que los mismos que tienen manera de enterarse de las novedades de la vida política, científica, artística, etc., etc., la tengan de saber algo de lo que ocurre en la moderna vida del pensamiento filosófico, sin aspirar a convertirse en filósofos; como tampoco se hacen, por aquellas otras noticias, ni hombres de Estado, ni sabios, ni críticos. A lo sumo, desearé que mis revistas de ideas sirvan de estímulo a los aficionados, para buscar en otra parte el necesario complemento de mis ligeros apuntes. Y si alguna vez me detengo a discurrir por cuenta propia, que sí lo haré, siempre será tratando asuntos que puedan ser explicados y comprendidos sin más preparaciones. Creo que la contradicción queda deshecha.

Nadie más convencido que yo de que los estudios filosóficos no se improvisan; pero estas revistas no son para propaganda de una escuela, de un sistema, sino pura noticia, comentario sin pretensiones de proselitismo, aunque también sin ocultar mis preferencias y sus motivos.

La convicción que yo deseo que el lector adquiera, si no la tiene, leyendo mis cartas, es ésta:

que es conveniente, tal vez necesario, estudiar filosofía; pero que no basta para ello la lectura de cosa tan ligera como estos artículos.

Una de las preocupaciones vulgares que más urge combatir, a mi entender, es la opinión, que se va generalizando, que tiende a ver en las nuevas corrientes del pensamiento una moda pasajera, principalmente literaria, y debida en lo esencial al afán de novedades y contrastes de cierta parte de la juventud literaria francesa. Conste que entro en estas consideraciones porque me dirijo a los que supongo poco enterados de estas materias; pues a quien lee y piensa algo con cierta constancia y diligencia no hay que decirle que tiene mucha más importancia que todo eso el movimiento de que se trata.

Cierto es que la juventud artística, que a sí propia dió en llamarse *decadentista* (los inventores del mote ya peinan canas a estas horas), vino a parar, por huir de extremados *realismos* y *positivismos*, en idealidades simbólicas, en vaguedades más o menos místicas, en elucubraciones teosóficas, y a veces, en una clara reacción anticientífica, y en ocasiones escéptica. Pero todo esto, lejos de ser el origen del renacimiento idealista, si así interinamente quiere llamarse, no es más que una de las manifestaciones de una gran tendencia mucho más importante, más extendida y más compleja, y, por cierto, una de las manifestaciones menos puras, menos transcendentales.

Sin embargo, para hacer justicia a todos, hay que apresurarse a distinguir dentro de esa misma

literatura, llamada, en general, *decadente*, lo bueno de lo malo, lo sincero de lo falso, lo serio de lo burlesco, la verdad de la farsa y el talento de la tontería.

Como hemos de tener ocasión de notar muchas veces, en ese idealismo complejo y de cien matices de la modernísima literatura francesa, hay elementos muy dignos de ser tenidos en cuenta, estudiados y relacionados con otras manifestaciones filosóficas, religiosas, sociales, etc., etc. El que quiera juzgar por lo que pasa en las letras españolas, particularmente las que proceden de nuestra juventud, no podrá entender bien este íntimo enlace de los versos, las novelas, las comedias y la crítica de los franceses jóvenes con la religión y aun la teología, con la metafísica, la filosofía, el idealismo, el positivismo, el socialismo, etc., etc. Entre nosotros la literatura suele ser cosa enteramente aparte; muchos literatos no son, ni quieren ser, filósofos, ni arqueólogos, ni filólogos, ni sociólogos, ni teólogos, ni cosa así; en Francia la juventud piensa hoy de otra manera.

Yo no digo ahora quién va por mejor camino, sino lo que pasa; y añado que, en nuestro país, por culpa de la escasa educación intelectual que padecemos, no está, fuera de algunas excepciones, la literatura de la mocedad bien preparada para meterse en ciertas profundidades. En Francia no todos saben, ni mucho menos, lo que convendría para que no hubiera desproporción entre las pretensiones de *transcendencia* y los medios de instrucción que hacen al caso; ya hace años que Julio Lemaitre, el popular crítico, hoy académico, refi-

riéndose a ciertos cenáculos de literatos jóvenes y revolucionarios en sentido simbólico, después de alabar su talento, lamentaba su ignorancia, la de ellos, que consideraba fabulosa.

Peró hay de todo: hay una parte muy numerosa de la juventud intelectual francesa que merece, así como suena, el nombre de sabia; y aunque los más de esos jóvenes no se consagran a las puras letras como artistas, todavía son muchos los que cultivan como vocación la literatura-arte, y llevan a ella un caudal muy considerable de estudios serios, de reflexión personal y honda; algunos de los literatos llamados *normaliens*, son ejemplo, pero sólo ejemplo, de esta clase de escritores eruditos.

Pues bien; para los de estas condiciones, es natural que la literatura necesite reflejar, y refleje, el estado predominante del pensamiento y de las aspiraciones morales en el mundo culto, en el de los hombres ilustrados y reflexivos.

Sería erróneo pensar que esos literatos franceses jóvenes, pensadores serios, eruditos y sabios, algunos, han influido en la filosofía actual, hasta el punto de que ya no pasa por anticuado el que hable de un renacimiento de la metafísica. No son ellos los que han creado o inspirado el idealismo ruso, ni el prerrafaelismo inglés, ni la influencia de Carlyle, ni la restauración de la psicología introspectiva, desacreditada por Kant y por Comte, ni los profundos estudios analíticos de muchos filósofos nuevos que someten a rigurosa y sutil crítica el neokantismo, el positivismo y la evolución spenceriana, y remueven la cuestión de la unidad, del objeto y el sujeto que los positivistas de escalera

abajo califican con desprecio de escolástica y anticuada; no, no son los literatos los que hacen pensar otra vez en los grandes maestros idealistas, desde Sócrates a Hegel; no son los literatos los que hacen que se renueve el estudio comparado de las religiones con más erudición y mejor crítica que nunca, y con mayor imparcialidad y más profundas miras que pueden encontrarse, por ejemplo, en ciertos popularísimos manuales de sociología y antropología, hace doce o quince años muy leídos y celebrados, aunque eran esos libros en tal asunto prosaicas reproducciones de los poéticos ensueños materialistas de Lucrecio.

Ni son tampoco los literatos de París, por mucho que valgan y sepan, los que han traído este anhelo general de idealidad, este respeto y estudio reflexivo del sagrado misterio, que llega al pueblo, a la masa de las iglesias docentes, y empeña a todos con sublime tolerancia en el esfuerzo común de salvar las grandes creencias racionales, flor del progreso humano, ensayando en asambleas, como la religiosa de Chicago, los futuros pactos de la concordia ideal de los pueblos.

Es todo lo contrario; es que los artistas sinceros, nobles, leales a la verdad, que han visto esta corriente general, que han estudiado el nuevo movimiento en todas esas y otras muchas manifestaciones, han llevado también a las letras, por impulso natural, semejante criterio, inspiración análoga.

Cuando hace veinte años el naturalismo artístico, según lo entendieron los más y los principales entonces, pretendía adquirir sólidas bases científicas

cas al amparo del positivismo, a nadie se le ocurrió pensar que los libros de Littré, de Claudio Bernard, de Taine, de Haeckel, se inspirasen en la literatura realista de mediados del siglo. Sucedió todo lo contrario. Pues lo mismo pasa ahora.

Exageraciones siempre las hay; pruritos malsanos nunca faltan. Los ignorantes, de poca fibra moral y pensamiento vulgar y ligero, es claro que caen en la afectación, el fingimiento, la manera, las extravagancias, y provocan el hastío, la desconfianza, la reacción que busca el equilibrio. Pero ¡qué tienen que ver con esas locuras o necedades pasajeras, con esas frívolas novedades de un día, cosas tan serias como las que supone este anhelo universal que en música, en pintura, en poesía, en la novela, en la crítica, en la filosofía, en la religión, en la misma política, busca en todas partes la eficacia de las hondas causas misteriosas, no con sentimentalismos trasnochados, no con teosofías y ciencias ocultas, sino con filosofía cada vez más sutil y prudente, con crítica cada vez más escrupulosa, huyendo del *hombre abstracto*, del intelectualismo, para emplear como *buzo* de esa realidad sumergida en lo desconocido, al *hombre entero*, con su corazón, su vida estética, sus revelaciones morales, sus tendencias de fuerza social hereditaria; el hombre, en fin, que echaba de menos un positivista, Taine, en la *estatua de Condillac*, modelo de muchos *fisiologismos* contemporáneos!

Y no es lo peor que se quiera ver la genuina representación del *espíritu nuevo* en cenáculos literarios, declarados tales o no, de jóvenes aturdidos

y vanidosos, más o menos listos; el peligro de esta confusión no es grande, pues fácilmente se advierte que nada o poco tienen que ver con toda una tendencia general de la civilización las futuras *obras maestras* de los 141 jóvenes literatos franceses que nos prometen ser las notabilidades de mañana. ¿Qué mediano pensador confundirá jamás el jugo estético y social del romanticismo francés con el chaleco rojo y las melenas de Teófilo Gautier?

Lo peor es que literatos muy serios, muy instruidos, a lo menos en humanidades, y de espíritu sutil, pero estrecho, reaccionario y pesimista en el fondo, también pretenden llevar la voz cantante en estas novedades neoidealistas; y así se ven cosas tan tristes como la célebre y casi escandalosa campaña de Mr. Brunetière, el crítico de la *Revue des Deux Mondes*, contra las ciencias modernas. Con más fuerza todavía que a los neomísticos decadentes hay que rechazar, en cuanto pretendidos apóstoles de *lo que nace*, a esos literatos maduros, reaccionarios, con barniz de modernismo técnico, que hablan de la *bancarrota de la ciencia* con muy sospechosa sensiblería, empleando de mala manera el *razonamiento* para calumniar a la razón, imitando a Pascal, no en lo grande, sino en lo enfermizo y subjetivo.

Si hombres como Brunetière hubieran de ser los evangelistas de la nueva predicación, casi preferiría yo irme tras Mr. Berthelot, que si tiene algo de Mr. Homais, el boticario de *Mme. Bovary*, es al cabo un gran químico y bueno, por lo menos para echárselo, como se le echó, a Mr. Brunetière; para

que cada cual a su modo, ambos, muy lejos de lo actual, disputen con las antiguas armas acerca de dos cosas tan viejas como son el espíritu reaccionario y el positivismo, que con el mandil de laboratorio se pone a dar cátedra de filosofía. Lejos de unos y otros, del químico positivista Berthelot y del humanista reaccionario Brunetière, veamos nosotros algo de lo mucho verdaderamente nuevo y fecundo, que demuestra cómo es cosa muy importante y general, no un *artículo de París*, la tendencia actual filosófica, cuya idea capital a mi ver es ésta: que sean las que sean (y aun no se han estudiado bien) las dificultades que el hombre *de hoy* puede encontrar para el estudio y *racional culto* del misterio original, estos inconvenientes de *método*, de *doctrina de la ciencia*, como diría Fichte, no le quitan al *objeto* de ese estudio, de dificultad... X, la importancia que tienen, la capital en la vida.

Lo que hoy se piensa, a mi ver, no es que se ha descubierto ya el camino de lo metafísico, sino esto otro: que no se puede seguir por otro camino.

El espíritu nuevo (en las puras regiones de la reflexión filosófica) no consiste en pretender haber descubierto que se puede saber lo que *tampoco el positivismo sabía si se puede saber o no*. Lo que el espíritu nuevo cree haber descubierto es que no se *puede vivir bien* sin pensar en eso.

Lo metafísico es, por lo menos, un postulado práctico de la necesidad racional.

Y para otra ocasión queda el empezar a indicar algunas de las más caracterizadas manifestaciones

de esta gran *pasión de la idealidad moderna...* que no hay que confundir con las *salidas* de Peladan, y las misas diabólicas y otras quisicosas de que ya se ríen hasta los corresponsales parisienses de los periódicos más populares.

(De *Siglo pasado*.)